

FRANCISCO RICO

UNA LARGA LEALTAD  
FILÓLOGOS Y AFINES

BARCELONA 2022



ACANTILADO

## CONTENIDO

«No podría escribir mis memorias...»	9
RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL	
Don Ramón, gran señor de la filología	15
ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO	
De bibliografía y ética	18
YAKOV MALKIEL	
Lenguas e historias	23
JUAN MANUEL ROZAS	
Villamediana, Octava de Gloria	30
EDUARD VALENTÍ	
<i>Paraules de saviesa</i>	40
MARCEL BATAILLON	
Erasmus y los erasmistas	43
GIUSEPPE BILLANOVICH	
El nuevo mundo de Petrarca y Colón	47
GUILLERMO DÍAZ-PLAJA	
Tanto don Guillermo...	60
F. J. NORTON	
Hablar con los libros	62
DÁMASO ALONSO	
¿Quién como él?	65
GIANFRANCO CONTINI	
La literatura como tensión	68

MARTÍN DE RIQUER	
Sabiduría infinita	71
Primavera perpetua de la lírica europea	73
La literatura española de Riquer	77
PETER DRONKE	
El otro latín	88
EUGENIO ASENSIO	
Predicar y dar trigo	95
No fue sólo Erasmo	97
MARIO VARGAS LLOSA	
Una riqueza deslumbrante	101
ARMANDO PETRUCCI	
Maneras de leer y modos de escribir	108
RAFAEL LAPESA	
Del dato a la visión global	111
EDWARD C. RILEY	
Teoría y práctica del <i>Quijote</i>	113
JOSÉ CARLOS MAINER	
La filología en el purgatorio	115
DOMINGO YNDURÁIN	
Contestación	117
Cuerpo a cuerpo con los textos	125
Todo un hombre	128
Adiós, viejo amigo	130
JULIÁN MARTÍN ABAD	
Los libros del Renacimiento español	131
Peaje	134
JOSÉ MANUEL BLECUA	
La pasión por la poesía	140

ROBERTO CALASSO	
<i>Divina atque absolutissima</i>	142
FERNANDO LÁZARO CARRETER	
Mucho más que un patriarca de la lengua	147
Fernando, querido Fernando	148
ALBERTO BLECUA	
La fuerza de la historia	151
CLAUDIO GUILLÉN	
El punto justo	154
Contestación	155
MAXIME CHEVALIER	
La agudeza verbal	168
JUAN GIL	
La erudición como divertimento	170
JOSÉ MARÍA VALVERDE	
La libertad de leer	173
SIR STEVEN RUNCIMAN	
La historia sin chismes	177
ANTHONY J. CLOSE	
De juguete cómico a odisea simbólica	186
MARÍA ROSA LIDA	
Las luces de la filología	188
Cantigas de amigo	191
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ	
La estirpe de don Ramón	211
ROGER CHARTIER	
Las siete vidas del clásico	213
EL COLEGIO DE MÉXICO	
Un aprendizaje	216

AURELIO RONCAGLIA	
Por España, a Portugal	2 29
PIERO BOITANI	
La verdad de las estrellas	2 41
CARLOS BLANCO AGUINAGA	
El peregrino en sus patrias	2 44
CESARE SEGRE	
Cesare Segre, insigne filólogo y semiólogo italiano ( <i>in memoriam</i> )	2 48
Espanñas de Cesare Segre	2 50
ALBERTO VÀRVARO	
Por casa en la Romania	2 58
DARÍO VILLANUEVA	
Un humanista para la Academia	260
MARCO SANTAGATA	
Alighieris	2 62
Dante Alighieri, todo un personaje	2 64
Tal mujer enamorada. Prólogo	2 67
<i>Procedencias</i>	2 73

No podría escribir mis memorias, porque sencillamente no las tengo. Las incidencias ordinarias y las rutinas de la vida cotidiana llegan y se me olvidan inmediatamente; y, sobre todo, a la altura de los ochenta años, se me han olvidado. Sólo recuerdo algunos episodios sueltos y las ocasiones más importantes. No puedo no citar a Jorge Luis Borges: «Muchas cosas he leído y pocas he vivido», pero matizando *pocas* que tenga presentes y no demasiadas de las *muchas*.

Los textos que he reunido aquí versan sobre autores, filólogos o afines a la filología, a quienes en su gran mayoría he conocido personalmente y hacia quienes profeso *una lunga fedeltà* (para decirlo con uno de ellos, Gianfranco Contini). Leerlos y tratarlos han sido, ellas sin duda, ocasiones importantes. Las semblanzas y notas críticas que les he dedicado y ahora recojo pueden quizá ofrecer un panorama, no desdeñable por más que parcial, de los estudios literarios a lo largo de un siglo. Pero para mí son sustancialmente un testimonio de gratitud.

Con las excepciones de rigor, me ciño a los aspectos profesionales y técnicos de los trabajos abordados, pero al elegirlos he tomado en cuenta y acentuado discretamente el perfil humano de los autores. Ojalá el lector de estas páginas se sienta atraído por esa imagen y añore haberlos conocido y haber trabado con ellos los lazos que yo tuve.

Al gran don Ramón lo conocí en el coloquio barcelonés que se menciona en el artículo que por encargo de Francisco Noy escribí para *La Vanguardia* de Barcelona. Allí departí brevemente con él sobre una hipótesis mía en torno a

la supervivencia del romance de los infantes de Lara. Errada hipótesis, que don Ramón refutó con la señorial elegancia que le era propia.

Don Antonio Rodríguez-Moñino parecía más serio que un palo, pero de hecho tenía un trasfondo jocoso e irónico que sólo mostraba a quienes juzgaba a su altura. Con toda su exhaustividad bibliográfica, a Yakov Malkiel le gustaba más que nada el cotilleo sobre los colegas. Juan Manuel Rozas no salía de la mejor escuela, pero tenía un admirable entusiasmo. Eduard Valentí fue primero el padre de Helena, sentado a la mesa de trabajo, al fondo, y después, en el claustro de la Autónoma, con las gafas subidas a la frente, uno de los mejores conversadores con quienes me he topado.

A Marcel Bataillon y Giuseppe Billanovich sólo cabía tratarlos como los maestros insuperables que eran: uno cada día con intereses más variados, el otro con la cabeza puesta siempre en la tradición textual de Livio. Norton y Díaz-Plaja semejabán las dos caras de una moneda: silencioso, casi mudo F. J., charlatán y risueño don Guillermo. Dámaso rebosaba simpatía y con una copa, a hurtadillas de Eulalia, se ponía realmente estupendo. En sus últimos años, el habla de Contini era aun más difícil de entender que buena parte de sus hondos estudios, pero siempre admirable.

Peter Dronke me reprochaba que mi lema, inscrito en un azulejo del jardín, fuera *No importa*: «Sí importa, Paco, sí importa», me decía. Suelo resumir la aversión a la pedantería y la jovialidad de Riquer con una sola estampa. «María Rosa Lida y yo siempre escribimos hendecasílabo con hache», le digo un día; y replica: «Y ¿dónde la ponen?».

Eugenio Asensio, solterón *in partibus*, amigo rumboso, sabía infinitas cosas que los demás ignorábamos, y a mí me

las enseñaba en larguísimas tardes bajo los chopos de casa. Mario Vargas era y es tan buen tipo como novelista. Armando Petrucci vivía desviviéndose por el pánico a la muerte. Pulcro, justo, en todo, Rafael Lapesa me tomaba en serio como si yo fuera una persona mayor (incluso asistió a la presentación en mis oposiciones a cátedra). Riley era parco en palabras, pero su generoso buen criterio me ayudó mucho en la edición del *Quijote*.

Desde el biberón, José Carlos llevaba en la cabeza toda la literatura contemporánea (y más). Chomin Ynduráin (con Mariola) era como un hermano mío y yo no podía sino asentir divertido a sus caprichos. Martín Abad actuó como cancerbero magnífico en la Biblioteca Nacional. J. M. Bleuca sobrellevaba la sordera, que él describía como un ruido atronador, con un repertorio de frases prefabricadas para dar pie a una conversación unilateral.

El criterio editorial de Calasso consiste en imponer imperiosamente sus propios gustos. Nunca podré decir cuánto significó para mí Fernando Lázaro, como modelo y aun más como amigo, a trancas y barrancas. Con Alberto anduvimos juntos todos los caminos. Contribuir a devolver España a Claudio y a Carlos Blanco, y viceversa, ha sido uno de mis mejores logros. Maxime Chevalier comentaba: «Caballero máximo». Un poco exagerado, ¿no?».

Si acaso, el saber de Juan Gil peca por carta de más antes que por carta de menos. José María Valverde me salió al paso como vecino cuando me doblaba exactamente los años (a sus treinta y tres) y multitud de veces viajamos juntos en el metro hacia la facultad de Letras.

Sir Steven Runciman está aquí sólo porque *La caída de Constantinopla* era una de lecturas preferidas de don Juan Benet, quien en un tomito auspiciado por mí confesaba que era «el libro que le habría gustado escribir». Javier Marías